

**TRABAJO EN GRUPO**  
**Pascua 2007**



## Segundo Domingo de Pascua, 15 de abril

### Carta Pastoral: «Una tarea» (I)

0. Comenzamos rezando juntos la oración del Sínodo.
1. Tomando como referencia el evangelio de este segundo domingo de Pascua, el de Tomás (Jn 20, 19-31), lo leemos. A continuación nos fijamos en los aspectos o actitudes negativas que refleja el texto (sería bueno que lo tuvieran delante: en un papel o una pantalla).
  - ¿Qué expresiones, frases, reacciones encontramos que reflejen cosas negativas? (Por ejemplo: “*puertas cerradas*”, “*miedo*”, “*no estaba con ellos*”, “*si no veo*”, “*si no meto*”, “*no lo creo*”, etc.) En nuestro tiempo, en nuestra cultura, en las circunstancias que vivimos, **¿se dan esas situaciones, esas actitudes? ¿en qué se perciben? ¿y dentro de la misma Iglesia? ¿a qué se deben?**
2. Acudamos ahora a los aspectos positivos.
  - (Por ejemplo: “*estaban [juntos] en una casa*”, “*paz*”, “*alegría*”, “*Espíritu Santo*”, “*perdón de los pecados*”, etc.) Resaltar la importancia de: permanecer juntos, estar alegres, vivir el perdón, dar testimonio... **¿Son signos que también hoy se pueden ver en los que nos llamamos cristianos?**
3. Y ahora lo decisivo:
  - **¿Qué ha producido el cambio** —tanto en los discípulos en general (comunitariamente) como en Tomás en particular

(personalmente)— **de actitud, de forma de vivir y de ver las cosas?**

- Sin duda el hecho de experimentar a Jesús en medio de ellos: que está vivo, que les da su paz (por tres veces), que les envía como el Padre le envió a Él, que les da el Espíritu Santo, que les concede el perdón (para ellos y para los demás)...
- Desde ahí son capaces de alegrarse (*“al ver al Señor Jesús”*), de creer (*“Señor mío y Dios mío”*), de dar testimonio (*“Hemos visto al Señor”*), de permanecer en la fe aun sin ver (*“Dichosos los que crean sin haber visto”*), de tener vida en su Nombre (*“para que, creyendo, tengáis vida en su nombre”*).

**4.** A eso se nos invita en el comienzo del Sínodo Diocesano:

- A “estar juntos”, a ser la comunidad del Señor Jesús, a sentirnos Iglesia.
- **Un Sínodo es una asamblea de todo el Pueblo de Dios en una Iglesia Local (Diócesis) para buscar juntos el mejor modo de vivir, celebrar y anunciar el Evangelio en este tiempo en que estamos.** Es una asamblea estructurada: bajo la presidencia del Obispo y con la participación de sacerdotes, religiosos, religiosas y seglares.
- Por lo tanto, lo primero es que supone una fuerte experiencia de sentirnos Iglesia, en comunión: con Dios, con los miembros de nuestra comunidad y ?más allá de nuestra parroquia, grupo o movimiento— con toda la Iglesia Diocesana.
- No olvidemos que Tomás, el apóstol protagonista del evangelio de hoy, no pudo ver al Señor porque “no estaba” aquel primer día de la semana (el domingo) con la comunidad de sus hermanos. Estaba solo y no le fue posible experimentar la presencia de Jesús, ni creer en el testimonio que le daban los discípulos, ni acceder a la fe. Únicamente cuando vuelve y sí está (al domingo siguiente) le es posible reconocer al Señor y hacer una hermosa y verdadera confesión de fe.

**5.** Solamente, pues, desde la conversión a Jesús y la comunión con la Iglesia es posible hacer juntos el “camino” (eso es lo que significa la palabra “Sínodo”: hacer el camino juntos) que el Espíritu nos vaya indicando.

- Por eso, el camino no se puede comenzar de cualquier manera: hemos de afianzarnos en la experiencia de Jesús en medio de nosotros, de sentir la fuerza y la urgencia de su envío, de abrirnos al Espíritu Santo, de pedir, vivir y dar el perdón. Sólo así podremos dar testimonio del Señor para que el mundo crea.
- De hecho, la primera imagen que tenemos de la Iglesia es la de una comunidad orante. Así la sorprendió el acontecimiento de Pentecostés: estando todos reunidos en el mismo lugar. El Espíritu Santo bajó con fuerza sobre los apóstoles y los discípulos reunidos junto con María, la madre de Jesús. De esta manera el Espíritu encuentra las condiciones adecuadas para manifestarse y llenar de su fuerza a los que santifica e impulsa a la misión. También la primera lectura de hoy, (Hch 5, 12-16), nos presenta a la primera comunidad cristiana reuniéndose de común acuerdo en el pórtico de Salomón (obviamente, a orar). Si el Sínodo es un acontecimiento de gracia y obra del Espíritu debe encontrarnos también en esa disposición.

**6.** El Sínodo Diocesano es, desde el primer momento, no una decisión realizada por el gusto de una persona.

- Se puede pensar que es una empresa que se le ha ocurrido al Obispo y que nos ha embarcado a todos en ella. No es así. La propuesta de un Sínodo Diocesano es ya antigua en nuestra Diócesis (sobre todo desde que el Concilio Vaticano II aconseja a las Diócesis que lo celebren, recuperando así una antigua tradición).
- Tal propuesta se le planteó a nuestro actual Obispo, D. Carlos, desde el Consejo Pastoral Diocesano hace un par de años. Él, por su parte, lo consultó a todos los órganos colegiados de la Diócesis (Consejo Pastoral Diocesano,

Consejo Presbiteral, Colegio de Arciprestes, Consejo Episcopal, etc.), además de a otras personas e instancias de Iglesia. En muchos casos, no se contentó con un mero asentimiento sino que pidió votación libre y secreta. En todas las ocasiones el consejo (aun con todas las dificultades y reticencias) fue rotundo y por una amplísima mayoría dijo: que se convoque el Sínodo. Después de un discernimiento ante el Señor y las obligaciones de su ministerio, decidió convocar el Sínodo.

- Desde ese momento ya es una decisión tomada en nombre de la Iglesia y con su autoridad apostólica que afecta a todos y a cada uno de los miembros que componemos la Iglesia particular que camina en Asturias, especialmente al presbiterio diocesano que ha de impulsarlo en sus comunidades. Incluso para la Carta Pastoral que nos ha dirigido, ha consultado para su redacción con múltiples órganos colegiados y personales, ajustando, añadiendo y corrigiendo diversos aspectos en su elaboración. La nota de comunión, pues, junto con la de la última decisión apostólica por parte del Obispo están bien destacadas desde el mismo origen del planteamiento y la convocatoria del Sínodo.

7. Hemos de reconocer que no es fácil disponernos interiormente para que entre en nosotros con fuerza el aliento del Espíritu.

- También nosotros somos hermanos y compañeros “*en la tribulación*”, como dice la lectura del Apocalipsis del domingo de hoy (1, 9-11a. 12-13. 17-19), pero también estamos unidos “*en el reino y en la constancia en Jesús*”. Él nos dice, como al vidente de Patmos: “*No temas: Yo soy el primero y el último, yo soy el que vive. Estaba muerto y, ya ves, vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y del abismo*”.

8. La Carta de nuestro Obispo nos indica los tres modos que desde siempre la Iglesia ha propuesto a los cristianos para realizar la obra de la conversión:

- a) situarnos en el horizonte y en el diálogo abierto con Dios (**oración**);
- b) dejar de ser nosotros mismos el centro de todo y desprendernos de nuestros intereses (**ayuno**);
- c) ejercitarnos en la caridad, dándonos a nosotros mismos (**limosna**).

De ahí que nos proponga dar la primacía a **la Palabra**, a **la Eucaristía** y a **la Caridad**. Cada uno habrá de preguntarse también:

- **¿Qué aspectos de mi vida he de convertir para poder celebrar el Sínodo Diocesano?**
- **¿De qué manera he de acudir a los medios que se me proponen para hacer más profunda mi conversión a Jesucristo y mi comunión con la Iglesia: oración personal y comunitaria, ayuno u olvido de mí mismo, ejercicio de la caridad?**



## **Tercer Domingo de Pascua, 22 de abril**

### **Carta Pastoral: «Una nueva manera de estar y de vivir en el mundo» (III)**

**0.** Comenzamos rezando juntos la oración del Sínodo.

**1.** (En esta parte de su Carta, D. Carlos hace un comentario espiritual y pastoral precisamente al texto del evangelio del domingo de hoy —Jn 21, 1-19—. Seguimos sus contenidos —a veces textualmente— con algunas variaciones.)

- La gran tentación de nuestro mundo es “vivir como si Dios no existiera”. De hecho, incluso los creyentes, cuando acudimos a Dios en los momentos de dificultad puede estar indicando que en el resto de los momentos podemos pensar que no tenemos necesidad de Dios, y consideramos que sí tenemos falta de Él cuando nos vienen mal dadas.
- Pero eso no es cierto: siempre necesitamos de Dios. Lo propio del hombre —y más cuando va adquiriendo “poder”: material, científico, técnico— es creerse dueño absoluto de su vida y de la vida de los demás y vivir desde las propias fuerzas.
- Así, Dios termina marginado de la sociedad y de la vida de los hombres. Eliminar a Dios de la vida y de la historia es lo que se lleva hoy. Sin darnos casi cuenta, podemos los cristianos hacer lo mismo, aunque lo hagamos con otros aires distintos.
- La tentación del hombre hoy es querer tener todo, permitirse todo, no conocer límites, gozar de la vida sin límite alguno, porque el hombre se considera su dueño. **¿A dónde nos lleva —nos está llevando— esto?** A considerar

al prójimo como un rival, a ponerse uno mismo y los propios intereses en el centro y por encima de todo, al aburrimiento de la vida, a la desilusión y escepticismo por todo, a la desesperanza y, al final, a no quererse bien a sí mismo porque nos encerramos en nosotros mismos.

- **¿Para qué existe la Iglesia?** Fundamentalmente para invitar al hombre a ponerse frente a Dios. No tanto (en primera instancia) para llevar a cabo obras sociales o proponer una ética o actuar en el mundo como revulsivo (eso también, en otros momentos sucesivos), sino para recordar y emplazar al hombre de cada tiempo de que su origen, fundamento y destino es Dios, y que sólo en Él encontrará su sentido y plenitud.
- La Iglesia no existe más que para eso: es como un dedo que tenazmente señala a Dios. Los hombres pueden justificarse y entretenerse en lo deforme que es ese dedo o de lo sucio que está, pero lo importante es lo que señala. Y si además, como es el caso, lleva consigo a Dios, lo ofrece, asegura la comunión salvadora con Él y encamina hacia Él durante esta vida y más allá de la frontera de la muerte, tenemos diseñada la misión propia de la Iglesia.

2. Leamos ahora la primera parte del **evangelio de este domingo (Jn 21, 1-3)**. También **se pueden leer los números 27 y 28 de la carta de D. Carlos, que hablan sobre este texto**. Son sugerentes y nos invitan a revisar si también nosotros actuamos solamente desde nuestras fuerzas “como si Jesús no estuviera”, haciendo una religión a nuestra medida.

- **¿Verdaderamente nuestras celebraciones y reuniones son momentos en que rezamos de verdad?** Es decir, en que nos ponemos ante Dios con apertura de corazón y entramos en diálogo con Él para que nos ilumine y nos cambie en lo que disponga.
- La pregunta es: **¿no nos estaremos convirtiendo, como Iglesia, en un conjunto de personas que se esfuerzan, trabajan pero —sin tener de Jesús más que una referencia o un recuerdo vago— nos hundimos en la desespe-**

**ranza?** Como aquellos discípulos: estaban juntos, se afanaban, pero no conseguían nada. ¿Qué les faltaba? **¿Qué nos falta a nosotros? ¿No es ésa, muchas veces, la situación y el diagnóstico de nuestros encuentros comunitarios?**

**3.** La segunda escena del evangelio comienza así: *“Estaba ya amaneciendo, cuando Jesús se presentó en la orilla”* (podemos leer Jn 21, 4-8).

- El momento central es cuando el discípulo amado lo reconoce y afirma: *“Es el Señor”*. Cuando reconocemos al Señor en nuestra vida no hay circunstancia ni situación desesperada, no hay lugar para la oscuridad ni el desánimo. Con Él viene la luz y la plenitud a nuestra vida, y deseamos vivamente que sea conocido y amado.
- Muchas veces, cuando afirmamos que se puede “ser bueno” y “hacer cosas buenas” sin creer en Dios lo que acaso estamos transmitiendo, aun sin ser conscientes, es que, al final, da igual creer o no creer: lo importante sería ser buena persona. Entonces decae el anuncio porque la fe en Jesucristo pasa a ser algo secundario (a lo más, como una “ayuda” añadida para ser bueno), porque lo fundamental es “ser bueno”. Tenemos que salir de la trampa. El hombre no puede salvarse sin Dios ni llegar a su plenitud humana rechazándole. Todo lo buenos que podamos ser y todo lo bueno que podemos hacer es gracias a Él.
- **¿Cómo va a ser lo mismo creer que no creer?** El que cree es, al final, alguien que se sabe pecador pero acogido y perdonado por la inmensa misericordia de Dios. Desde ahí —si su experiencia y su conversión son sinceras— puede (¡por la gracia de Dios!) dar frutos de justicia y caridad. Otra cosa es el caso de aquellos que, sin culpa propia, desconocen a Dios y se esfuerzan por seguir su conciencia recta y verdadera. También ellos (¡igualmente por la gracia de Dios!) alcanzarán la salvación. Pero es incomparable el conocimiento de Jesucristo y, por lo tanto, la

urgencia de que sea conocido, creído y amado por los hombres.

- **¿Cómo dejar, pues, sin la Palabra a los hombres?, ¿cómo no acercar al corazón de todos la Palabra de vida?** Escuchar la palabra, escuchar al Señor, es encontrar el maná que necesitamos en todas las circunstancias de nuestra vida: “*Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis*”. En la Iglesia necesitamos testigos que señalen al Señor y nos indiquen su presencia: con el testimonio de Juan, Pedro se lanzó al mar. **Tendríamos que preguntarnos si de verdad nos dejamos evangelizar por la Palabra y qué tiempo dedico a escucharla y meditarla.**

4. ¿En dónde podemos encontrarnos, con la mayor intensidad, con Jesucristo, Palabra encarnada? Sin duda, en la Eucaristía. Ella hace presente constantemente a Cristo resucitado. Es el propio Cristo quien nos invita: “*Vamos, almorzad*” (leer Jn 21, 9-14).

- Es Él quien nos prepara la mesa, el que se ofrece por nosotros, el que nos muestra su inmenso amor, el que nos reúne y se da a sí mismo como Pan y nos regala la vida y la esperanza... ¿Qué más puede hacer por nosotros?
- Preguntémonos: **¿no tendríamos que tomarnos más “en serio” la Misa?** ¿Somos conscientes de que solamente somos Iglesia de Jesús cuando, invitados por Él, respondemos a su llamada y nos sentamos a la Mesa junto con nuestros hermanos para dejarnos amar, perdonar y dar la vida?
- En el Sínodo que hemos comenzado, **¿dónde experimentar la comunión y desde dónde salir a la misión? ¿Tengo costumbre de estar algunos momentos ante Jesús Eucaristía para inundarme en su amor, saberme acogido y perdonado y tomar fuerza para ser su testigo? ¿Podemos, como Iglesia en Asturias, acometer un camino de reflexión y discernimiento sobre los desafíos más importantes de la Iglesia en nuestro tiempo si no es desde aquí?** En caso contrario **¿no estaríamos condenados a hacer unos planteamientos ideológicos de los problemas que nos llevarían al fracaso?**

5. Aunque hoy parezca lo contrario, los hombres y las mujeres de nuestro mundo continúan teniendo sed de infinito.

- El progreso material o intelectual no colma las necesidades más profundas del ser humano. Lo que hoy existe, en buena parte, es un desierto de esperanza. Sin Dios las cosas van perdiendo sentido, nos replegamos y los indicadores son de muerte: atentados contra la vida, baja natalidad, secularización de las conciencias, laicismo cultural (distinto de la legítima laicidad), falsas salidas hacia la droga, el alcohol, el juego.
- Es verdad que se pueden esgrimir razones sociales, económicas y de otro tipo (y, sin duda, que tienen su parte de verdad); pero lo que está en el fondo es la falta de esperanza y de sentido. Está en juego la verdad del ser humano. Y esa verdad sale a flote cuando escuchamos con el corazón abierto la pregunta de Jesús: ¿me amas? ¿me quieres?, como se la hizo a Pedro (leer Jn 21, 15-19).
- Es decir, **¿estás dispuesto a pasar a mis manos y a sostener la vida desde mí?** Preguntémonos: **¿tengo la valentía de la verdad?** (*“Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres”*, hemos escuchado hoy en la primera lectura), **¿en qué manos pongo mi vida? ¿reconozco mi pecado (que, al final, consiste en andar por sendas equivocadas buscando la felicidad) y busco el perdón en Jesús y en su Iglesia?**



## Cuarto Domingo de Pascua, 29 de abril

### Carta Pastoral: «Los compromisos de una Iglesia Particular en Sínodo» (II)

0. Comenzamos rezando juntos la oración del Sínodo.

1. Para que una Iglesia Particular —como la nuestra en Asturias— sepa afrontar sus compromisos (que, en síntesis, no son otros que la evangelización con obras y palabras) debe antes preguntarse si sus miembros saben situarse en dos ámbitos fundamentales: en el mundo (en el que están y al que son enviados a dar testimonio de Jesucristo) y en la propia Iglesia (a la que pertenecen y desde la cual deben evangelizar).

- De una inserción adecuada, es decir, evangélica, en estos dos ámbitos depende la eficacia de su presencia, de su acción y de su palabra. Por supuesto que también por ahí debemos comenzar a la hora de hablar de una dinámica de puesta al día que supone un Sínodo Diocesano.

2. Preguntémonos: **¿cómo vemos el mundo? ¿Cómo nos situamos en él?** Ciertamente son preguntas muy generales, pero consideremos algo previamente. Estamos llenos de análisis sociológicos, de encuestas, de aproximaciones diversas que intentan describir la complejidad de los problemas que nos circundan. Hay opiniones para todos los gustos: unas más pesimistas (realistas, dirían los que las sostienen), otras algo más optimistas, muchas escépticas y bastantes, igualmente, desinteresadas y centradas en la búsqueda del propio interés vital.

- Si como cristianos comenzamos a hablar de cómo están las cosas, es fácil que, incluso, primen más en nuestros

análisis, a la hora de mirar la realidad, la postura ideológica desde donde los hacemos. Lo primero es saber mirar. Ya decía Antonio Machado que “no se ve con los ojos sino a través de ellos”. Porque si nos quedamos en un examen del estado y la marcha del mundo (tanto de nuestro entorno más cercano como del “mundo mundial”), es difícil que sea posible mantener la esperanza.

- Objetivamente no queda mucho espacio para el optimismo. Sí, podemos concluir: este mundo está mal, se extiende la injusticia, la violencia, la incredulidad, la baja de los valores morales; aunque también emergen como signos positivos: la liberación que suponen para los seres humanos los adelantos científicos y técnicos, la conquista progresiva de la igualdad de la mujer respecto al hombre, la sensibilidad ecológica o el aprecio por la dignidad y la libertad de las personas. **Retomando las preguntas del principio (y guiándose por estas pistas) podemos procurar contestarlas.**

**3.** Sin embargo, a pesar de todo *“tanto amó Dios al mundo que le envió a su Hijo”*.

- La primera actitud del cristiano respecto al mundo es amarlo. No ama lo que de malo puede haber en él sino que lo ama porque su Señor y Salvador ha dado la vida por él.
- **¿Con qué mirada miro al mundo? ¿Lo quiero como Dios mismo lo quiere?** No es cristiana una postura de condena escéptica de la sociedad o una respuesta amarga ante sus pecados. También nosotros somos pecadores pero confiados y seguros del amor del Padre. También para el mundo, para sus gentes, está el amor y el perdón de Dios.
- Podemos preguntarnos, **¿Estoy convencido que solamente Dios es la garantía de nuestra libertad y de la grandeza humana? ¿Cómo expreso este convencimiento en mi vida pública?** Llega un momento que ya no podemos vivir de opiniones (ni nuestras ni de los demás). No se trata de decir “yo pienso” o “nosotros pensamos” (aunque sea

legítimo), se trata de confesar la fe y tener el coraje de decir: “yo creo” o “nosotros creemos”. La fe no descansa en opiniones de una mayoría sino en la Palabra y el poder de Dios, que no engaña.

- Solamente esa mirada de fe puede ayudarnos a estar en el mundo con sentido evangélico, con esperanza (a pesar de dificultades, dolores y perplejidades), escuchando la voz de Cristo: *“en el mundo tendréis tribulación, pero ¡ánimo! Yo he vencido al mundo”* Por eso en el evangelio de hoy Jesús se presenta como Buen Pastor y nos dice: *“[a mis ovejas] nadie las arrebatará de mi mano”* y *“Yo les doy la vida eterna”*.

**4.** Igualmente tenemos necesidad de situarnos bien como miembros de la Iglesia.

- En los últimos tiempos (sobre todo en ciertos ambientes) se ha instalado como una desconfianza en la Iglesia, como una distancia, de manera que la pertenencia a la misma se vive sufrientemente y con parcialidad. Parece como si hiciéramos, sobre todo, un acto de virtud heroica permaneciendo en la Iglesia a pesar de lo poco habitable que es.
- Nos quejamos (sobre todo, ya se sabe, de la Jerarquía, del Vaticano...), diferenciamos entre varias Iglesias (de la base y de la altura, popular e institucional, de los pobres y la oficial, de Jesús y de los Jerarcas, etc.) y tendemos a diseñar una Iglesia como nosotros la concebimos y a luchar por impulsar la una y destruir la otra.
- Acaso en otros ámbitos se da lo contrario: una especie de divinización de la Iglesia, como si todo lo secundario y lo terreno que tiene la Iglesia (que lo tiene) fuera intocable y hubiera que conformarse sin más, sin espíritu crítico, con el actual estado de cosas.
- En todos los casos hay que recordar lo que decía San Agustín: “En la medida en que uno ama a la Iglesia tiene el Espíritu Santo”. Y no la Iglesia de nuestros sueños sino ésta en concreto a la cual —por gracia de Dios— pertenecemos. Hemos de amar a la Iglesia.





























